

los sacrificios; é quel dios de Chelula no avia seydo contra los chripstianos, porque allí sacrificaban pocos. É desta respuesta muy contento, hiço llevar mucha comida al camino; y envió sus mensajeros á Cortés é á los chripstianos, diciéndoles que holgaba de su yda mucho, é que los estaba esperando.

La sierra ques dicho, es muy alta, é hace mucho frio en ella, é nieva allí muchas veçes; é si la gente de Montecuma que primero se dixo, esperará, segund la nieve mucha que tomó allí á los chripstianos, creyóse que todos se perdieran, porque no se podian valer, ni mandar las manos, ni regir las armas de frio (quando allí se vieron). Dende la cumbre de aquella sierra se paresce la grand cibdad de Temistitan, é otras treynta cibdades é villas á la redonda della; y es una de las más hermosas vistas que en el mundo se puede ver ó contemplar; pero á los españoles no les fué poco temerosa por su grandeça: antes se començaron á mover entrellos diverssos paresçeres, que significaban motines; pero con la prudencia, esfuerço é disimulacion de Hernando Cortés, é buenas palabras y esperanças que les daba, é con verle que era de los primeros en los trabaxos é peligros, seguíanle. De aquella cumbre de la sierra se baxaron á una provincia que se llama Chalco é Atalmameco, en que avrá çinquenta mill hombres de toda gente. Allí hallaron los que enviaba Montecuma con la comida; é andaban aquellos indios con tanta prontitud en servir é contentar á los españoles, que era cosa de maravilla. Assi como yba nuestra gente caminando, yban de una parte é otra, fechós dos alas é proçessiones, á la fila de gentes, como contratelas de justadores; de manera que los nuestros yban çercados en espacio de un grand tiro de ballesta. De todas partes era infinita la gente que de ún cabo é de otro concurrían á mirar los españoles, é

maravillábanse mucho de los ver. Tenian grande espacio é atencion en mirar los caballos; decían: «Estos son teules», que quiere decir demonios.

Assi llegaron á una legua de Temistitan, en la calçada de Iztapalapa, é salió Montecuma á los resçebir debaxo de un palio, que lo traian quatro indios en la cabeça, haciéndole sombra: el qual era hecho de plumas verdes, muy rico, con mucha argenteria de oro é plata. Traia calçadas unas gutaras de oro, *id est* çapatos de çierta forma, que son solamente las suelas é unas correas con que se atan) é delante yban dos indios que tendían una manta muy larga, por donde passaba. É otros ponían otras adelante, é otros cogíanlas, que quedaban atrás por dó avia pasado. É detrás dél yban muchos señores de grado en grado, pero bien desviados dél, é tan acatados é comedidos, que ninguno le osaba mirar á la cara; é con este resçibimiento entraron en la cibdad.

Despues que ovo saludado á Cortés, é tomádolo á par de sí, apossentó á él é á los chripstianos en unas casas que avian seydo de su padre; y entrados en ella, le dixo Montecuma: «En vuestra casa estays: descansad é aved plaçer, é pedid todo lo que quisiéredes». É luego le dió grand presente de oro é plata é mantas, é indias á solo el capitan Cortés, é despues á cada español por sí, con mucha gravedad é aspetto de señor: é dixo á la lengua que preguntasse al capitan si aquellos chripstianos que llevaba eran sus vassallos ó sus esclavos, porque á cada uno queria dar un presente, segund la calidad ó cómo cada uno fuesse, é que le dixesse la verdad, porque assi se usaba en aquella tierra, quando venia un capitan extrangero. Cortés le respondió assi: «Yo os hablaré, señor Montecuma». É dixose que le dixo que eran todos sus hermanos é amigos, é otros eran sus criados. Pero el dicho Montecuma se informó de las lenguas qual era

cavallero ó hidalgo, ó qual villano, é secretamente (que nadie lo supo), les presentaba y enviaba á su casa un prinçipal mayordomo suyo, é miraba lo que faltaba á los españoles é los haçia proveer luego, assi de mugeres de serviçio, como

de cama, é les daba á cada uno una joya que pessaba hasta diez pessos de oro, é más ó menos pocas ó ningunas: é las que eran mejores é más ricas daba á los más prinçipales, segund quel estaba informado.

### CAPITULO XLVI.

En el qual se tracta de la manera del estado é serviçio é sacrificios é ritos é ydolatria de Montecuma, é de la forma de su casa, é de los animales é aves que tenia en sus palacios; é la forma con que se hiço señor de México é Temistitan, é destruyó é mató con engaño en un convite una de dos parcialidades que allí avia: é dáse relacion de las mugeres é hijos que tenia; é otras cosas que conçiernen é son adherentes al discurso é verdad de la historia.

Quando este grand prinçipe Montecuma comia, estaba en una grand sala encalada é muy pintada de pinturas diverssas; é allí tenia enanos é chocarreros que le decían graçias é donayres, é otros que jugaban con un palo puesto sobre los piés, grande, é le traian é meneaban con tanta facilidad é ligereça, que paresçia cosa imposible, é otros haçian otros juegos é cosas de mucho para se admirar los hombres. Á la puerta de la sala estaba un patio muy grande, en que avia çient apossentos de veynte é çinco ó treynta piés de largo cada uno sobre sí en torno de dicho patio, é allí estaban los señores prinçipales apossentados, como guardas del palacio ordinarias; y estos tales apossentos se llaman *galpones*, los quales á la continua ocupaban más de seysçientos hombres, que jamás se quitaban de allí, é cada uno de aquellos tenian más de treynta servidores: de manera que á lo menos nunca faltaban tres mill hombres de guerra en esta guardia cotidiana de palacio. Quando queria comer aquel prinçipe grande, dábanle agua á manos sus mugeres, é salían allí hasta veynte dellas, las más queridas é más hermosas, y estaban en pié en tanto quel comia; é traíale un mayordomo ó maestresala tres mill platos ó más de diverssos manjares de gallinas, codornices, palomas, tórtolas é otras aves,

é algunos platos de muchachos tiernos guiçados á su modo, é todo muy lleno de axí; y él comia de lo que las mugeres le traian ó queria. Despues que avia acabado de comer, se tornaba á lavar las manos; é las mugeres se yban á su apossento dellas, donde eran muy bien servidas; é luego ante el señor allegábanse á sus bur-las é graçias aquellos chocarreros é donosos, é mandábanles dar de comer sentados á un cabo de la sala; é todo lo restante de la comida mandaba dar á la otra gente que se ha dicho que estaban en aquel grand patio. É luego venían tres mill *xicalos* (cántaros ó ánforas) de brevage; é despues quel señor avia comido é bebido, é lavádose las manos, ybanse las mugeres, é acabadas de salir de la sala, entraban los negoçiantes de muchas partes, assi de la mesma cibdad como de sus señorios. É los que le avian de hablar, hincábanse de rodillas quatro varas de medir é más apartados dél é descalços é sin manta de algodón que algo valiesse; é sin mirarle á la cara, decían su raçonamiento, y él provehia lo que le paresçia; é aquellos se levantaban é tornaban atrás, retrayéndose, sin volver las espaldas, un buen tiro de piedra (como lo acostumbra-ban haçer los moros de Granada delante de sus señores é prinçipes).

Allí avia muchos jugadores de divers-

esos juegos, en especial con unos fésoles, á manera de habas é apuntados como dados, ques cosa de ver; é juegan quanto tienen, los que son tahures, entrellos.

Yban los españoles á ver á Montecuma, é mandábales dar duhos, que son unos banquillos ó escabelos, en que se sentassen (muy lindamente labrados é de gentil madera) é decíanles qué querían, que lo pidiesen é dárselo hían. Su persona era de pocas carnes; pero de buena gracia é afabil, é tenia cinco ó seys pelos en la barba, tan luengos como un xeme. Si le parescía buena alguna ropa quel español toviessse, pedíasela, é si se la daba liberalmente, sin le pedir nada por ella, luego se la cobria é la remiraba muy particularmente, é con plaçer la loaba; mas si le pedían presçio por ella, haçíalo dar luego, é tomaba la ropa é tornábasela á dar á los chripstianos, sin se la cobrir; é como descontento de la mala criança del que pedía el presçio, decía: «Para mí no ha de aver presçio alguno, porque yo soy señor é no me han de pedir nada desso: que yo lo daré, sin que me den alguna cosa, ques muy grand afrenta poner presçio de ninguna cosa á los que son señores, ni ser ellos mercaderes».

Con esto concuerdan las palabras de Scipion Africano, que de sí dice en aquella contienda de prestança, que escribe Luciano, entre los tres capitanes más excelentes de los antiguos, que son Alejandro Magno, é Anibal y Scipion: «Desde que nascí, ni vendí ni compré cosa ninguna». Assi que, decía Montecuma, quando assi le pedían presçio: «Otro dia no te pediré cosa alguna, porque me has hecho mercader: vete con Dios á tu casa, é lo que oviesses menester, pídelo é dársete há; é no tornes acá, que no soy amigo dessos tractos, ni de los que en ellos entienden, para más de dexárselos usar con otros hombres en mi señorío».

Tenia Montecuma más de tres mill se-

ñores que le eran sujetos, é aquellos tenían muchos vassallos cada uno dellos, é cada qual tenia casa principal en Temistitan, é avia de residir en ella ciertos meses del año; é quando se avian de yr á su tierra, con liçencia de Montecuma, avia de quedar en la casa su hijo ó hermano hasta quel señor della tornasse. Esto haçía Montecuma por tener su tierra segura, é que ninguno se le alçasse sin ser sentido. Tenia una seña que traían sus almozarifes é mensajeros, quando recogían los tributos, y el que erraba, lo mataban á él é á quantos dél venían. Dábanle sus vassallos en tributo ordinario de tres hijos uno, y el que no tenia hijos avia de dar un indio ó india para sacrificar á sus dioses, é si no lo daban, avian de sacrificarle á él. Dábanle de tres hane gas de mahiz una, é de todo lo que gran geaban ó comían ó bebían, y en fin, de todo se le daba el terçio; y el que desto faltaba, pagaba con la cabeça.

En cada pueblo tenia mayordomos con sus libros del número de la gente é de todo lo demás, assentado con tales figuras é caractéres, aquellos se entendían sin discrepançia, como entre nosotros con nuestras letras se entendería una cuenta muy bien ordenada. É aquellos particulares mayordomos daban cuenta á aquellos que residían en Temistitan, é tenían sus alholies é magaçenes é depósitos, donde se recogían los tributos, é oficiales para ello; é ponían en cárceles los que á su tiempo no pagaban, é dábanles término para la paga, é aquel passado é no pagado, justiçíaban al tal deudor, é le haçían esclavo.

Avia en Temistitan un patio de más de un tiro de ballesta, enlosado, é un betumen de cal muy bueno juntaba las piedras tan fuertemente como si assi juntas nasçieran, y estaba tan limpio é liso que no pudiera ser mejor. Y en medio deste patio avia un qü, que tambien se llamaba

ochilobo ó casa de oraçion, muy alto, que avian fecho los señores todos que hasta estonces avia avido, é tenia sessenta gradas para subir arriba; é lo que avian fecho los señores passados en aquel altor que les tomó la muerte se haçían enterrar en la más alta grada, é despues el subçessor subía otras dos gradas, é assi se acabó. É despues que los chripstianos lo deshiciéron para reformar é ordenar mejor la cibdad, se hallaban aquellas sepolturas en manera de bóvedas, y en ellas mucho oro é plata é piedras de valor, que metían allí con aquellos señores, quando morían.

Avia otros sessenta qués á la redonda del que es dicho, á manera de yglesias ó templos comunes é perrochias, adonde yban los otros señores inferiores é gente más baxa é plebea; pero el mayor, con otros tres oratorios, tenia Montecuma, en que sacrificaba al honor de quatro dioses quel tenía, ó ydolos, que á uno tenia por dios de la guerra, como los gentiles á Marte; é á otro honraba é sacrificaba como á dios de las aguas, segund los antiguos á Neptuno; otro adoraba por dios del viento, segund los perdidos gentiles á Eolo; é otro acataba por su soberano dios, y este era el sol, en cuyo nombre tenia otro ydolo en mucha veneraçion é acatamiento el señor, é todos sus vassallos. Tambien tenían otros dioses; é á uno haçían dios de los mahçales, é le atribuían la potencia de la guarda é multiplicaçion dellos, como á Cerere los fabulosos poetas é antiguos gentiles. É á cada cosa tenian un dios, atribuyéndole lo que se les antojaba, é dándoles la deidad que no tienen, ni se debe dar sino á Dios verdadero. É á aquellos quatro ó cinco dioses principales que se han dicho de susso, sacrificaba Montecuma cada un año, en

ciertos tiempos diferentes, más de cinco mill personas, por consejo de dos demonios, que decían los indios que andaban en aquellos qués, que hablaban con ellos é los traían engañados, como lo estuviéron largos tiempos muchas gentes, é aun lo están hoy por el mundo. Si no, preguntadlo á esos brujos é brujas, é aun á essotros hereges de la peña de Amboto é sus seçaçes de la condenada setta de fray Alonso de Mella. ¿Y qué diremos de aquellos famosos romanos é de sus templos, que ni eran de más sanctidad ni de menos que los de aquestos indios, errores é desvarios fundados, pues que á cada cosa que se les antojaba haçían dios é su templo, como hiço Rómulo, que ordenó al dios Júpiter un templo, é púsole nombre Jove ferretro, donde fuessen ofresçidas las armas y enseñas de los reyes é capitanes que oviessen avido de los enemigos que oviessen muerto<sup>1</sup>? É assimesmo, como escribió Livio<sup>2</sup>, Rómulo ordenó aquel templo llamado Estatorio, porque estuviessen quedos é no huyessen los romanos en aquella cruda batalla con los sabinos, quando las piadosas mugeres sabinas despartieron á los padres é maridos de aquel notable combatimiento? El templo de la Dea de la Salud; constituyó Bubulco Çensor por la guerra de los samnites<sup>3</sup>. Pues demás de los dioses vanos, tambien tenían por diosas á Vénus, Palas, Juno é otras muchas. Demás desso, qué sujetos á sus aurispiges é adevinos fueron! é qué agoreros é obidientes á vanidades, fundadas sobre religiosidad é falsa sanctimonia! Quiero decir, que si miramos las cosas de los gentiles en este caso, por tan profanas é diabólicas las tenemos como las de nuestras Indias.

Dexemos esta materia, é volvamos á este grand príncipe Montecuma, el qual,

1 Tit. Liv., Decad. I, lib. I, cap. 18.

2 Id., id., cap. 19.

3 Id., lib. X, cap. 56.

en una grand sala de ciento é çinquenta piés de luengo é de çinquenta de ancho, de grandes vigas é postes de madera que la sostenian, ençima de la qual era todo un terrado ó açutea, tenia dentro desta sala muchos géneros de aves é de animales. Avia çinquenta águilas caudales en jaolas, tigres, lobos, culebras, tan gruesas como la pierna, de mucho espanto y en sus jaolas assimesmo, é allí se les llevaba la sangre de los hombres é mugeres é niños que sacrificaban, é çebaban con ella aquellas bestias; é avia un suelo fecho de la mesma sangre humana en la dicha sala, é si se metia un palo ó vara, temblaba el suelo. En entrando por la sala, el hedor era mucho é aborresçible é asqueroso: las culebras daban grandes é horribles silvos, é los gemidos é tonos de los otros animales allí pressos, era una melodia infernal é para poner espanto. Tenian quinientas gallinas de racion cada dia para la sustentacion dessos animales. En medio de aquella sala avia una capilla, á manera de un horno grande, é por ençima chapada de láminas de oro é plata é piedras de muchas maneras, como ágatas é cornerinas, nicles, topaçios, plasmás de esmeraldas é de otras suertes muchas é muy bien engastadas. Allí entraba Montecuma é se retraia á hablar con el diablo, al qual nombraban Atezcatepoca (que aquella gente tienen por dios de la guerra) y él les daba á entender que era señor é criador de todo, é que en su mano era el vençer; é los indios en sus areytos é cantares é hablas le dan gracias, é lo invocan en sus nesçessidades.

En aquel patio é sala avia continuamente çinco mill hombres, pintados de çierto betum ó tinta, los quales no llegan á mugeres, é son castos; llámanlos *papas*, é aquestos son religiosos; é creen los indios que si un papa de aquellos diçe: «Quiero

que te mueras», que ha de morirse, sin que tal sentençia falte. Entre estos papas hay grados de superioridad, como quien dixesse obispos é arçobispos, é dignidades de ahí abaxo, que inçenssan aquellos diabólicos é descomulgados templos: é aquel ençienso es blanco é hay çierto monte en la Nueva España, donde se cria, é créese ques verdadero é perfetto ençienso, como aquel de quien Plinio largamente escribe<sup>4</sup>; pero en la Nueva España se coge desta manera. Dan unas cuchilladas en los árboles questo producen, é por aquellos golpes sale á manera de resina ó goma, é ponen debaxo en que cayga este licor, é quáxase é tórname espeso é de tan buena olor é de aquella forma que ençienso perfetto; é con esto sahuman aquellos sus dioses é ydolos aquella gente prieta, ques dicho tienen por sanctos religiosos. Están toda la noche inçenssando é reçando, diçiendo sus oraciones en un tono baxo, en aquellos mesmos se entienden; é traen los cabellos luengos hasta la çinta, muy ahetrados é de mala gracia, é con muchos piojos, que á tiento ellos se sacan por debaxo de la melena, é se los comen en tomándolos. Avia allí más de dos mill figuras de piedra de monstruosas cosas. Son las casas é salas todo de terrados. Tenian muy grandes açequias de agua, por donde se servian los indios con canoas, porque las calles de agua atraviessan toda la cibdad.

Avia dos parçialidades ó bandos en aquella república: la una se deçia Mexicanos, é la otra Tatebulcos, como se diçe en Castilla Oneçinos é Gãmboinos, ó Giles é Negretes. Y estos dos apellidos tuvieron grandes diferencias: é Montecuma, como era mañoso, fingió grande amistad con el señor prinçipal del bando Tatebulco, que se deçia por su nombre proprio Samalçe, é tomóle por yerno, é dióle una

<sup>4</sup> Hist. nat., lib. XII, cap. 44.

su hija, por le asegurar. Con este debdo, en çierta fiesta é convite que hiço á este Samalçe, é á todos sus capitanes é parientes é hombres prinçipales, hiçolos embeodar: é desque estuvieron bien tomados del vino, hiçolos atar é sacrificarlos á todos, sacándoles los coraçones vivos, como lo tienen por costumbre. É los que padescieron esta crueldad passaban de mill hombres, señores prinçipales: é tomóles las casas é quanto tenian, é poblólas de sus amigos é de los de la otra parçialidad mexicana. É á todos los que tuvo por sospechosos, desterrólos de la cibdad, que fueron más de quatro mill hombres; y en los bienes é moradas destes hiço que viviessen los quél quiso enriquesçer con bienes agenos. É aquellos que desterró, hiço que poblassen quatro leguas de allí, en un pueblo que de aquella gente se hiço, que se llama Mezquique, é que le sirviessen de perpétuos esclavos. É assi como la cibdad se deçia, y es su proprio nombre Temistitan, se llamó é llama por muchos México dende aquella maldad cometida por Montecuma. É los mexicanos y españoles hallaron un pariente de aquel señor de Tatebulco, al qual deçian que de derecho venia aquel señorío de Samalçe que Montecuma avia muerto, que era abuelo deste, é llamábanle á este señor ó nieto del muerto Tatatecle.

Tenia Montecuma una casa muy grande, en que estaban sus mugeres, que eran más de quatro mill, hijas de señores, que se las daban para ser sus mugeres, y él lo mandaba haçer assi: é las tenia muy guardadas é servidas, é algunas veçes él daba algunas dellas á quien queria favo-

resçer é honrar de sus prinçipales: ellos las resçibian como un don grandissimo.

Avia en su casa muchos jardines, é çient baños ó más, como los que usan los moros, que siempre estaban calientes, en que se bañaban aquellas sus mugeres, las quales tenian sus guardas é otras mugeres como prioras que las gobernaban; é á estas mayores, que eran ançianas, acataban como á madres, y ellas las tractaban como á hijas.

Tuvo su padre de Montecuma ciento é çinquenta hijos é hijas, de los quales los más mató Montecuma, é las hermanas casó muchas dellas con quien le paresçió; y él tuvo çinquenta hijos é hijas, ó más. É acaesçió algunas veçes tener çinquenta mugeres preñadas, é las más dellas mataban las criaturas en el cuerpo, porque assi diçen que se lo mandaba el diablo, que hablaba con ellas: é deçiales que se sacrificassen ellas las orejas é las lenguas é sus naturas, é se sacassen mucha sangre é se la ofresçiesse, é assi lo haçian en efetto.

Paresçia la casa de Montecuma una cibdad muy poblada: tenia sus porterós en cada puerta. Tenia veynte puertas de servicio: entraban muchas calles de agua á ellas, por las quales entraban é salian las canoas con mahiz é otros bastimentos é leña. Entraba en esta casa un caño de agua dulce, que venia de dos leguas de allí por ençima de una caçada de piedra, que venia de una fuente que se diçe Chapietepeque, que nasce en un peñon que está en la laguna salada, de muy exçelente agua.